

HUMILDAD

POR PAUL M. HANSEN

JESÚS SE HUMILLÓ A SÍ MISMO, NO PORQUE FUERA ORGULLOSO, SINO PORQUE NO LO ERA.

Humildad - una palabra que rara vez se escucha desde los púlpitos de las iglesias contemporáneas. La humildad no es una doctrina popular. El tema de la humildad es objeto de burla, desprecio, rechazo y menosprecio.

La humildad es malentendida, tergiversada, malinterpretada y, sin duda, maltratada.

Muchos la ven como una debilidad. Sin embargo, la verdadera humildad piadosa genera un poder y una fortaleza inmensos que, de otro modo, serían imposibles de alcanzar.

El espíritu quebrantado y el corazón humilde son el poder que alimenta una relación genuina con Dios. Dios habita en los lugares de quebrantamiento y de humildad.

Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados. (Isias 57:15)

La humildad es un pilar fundamental del éxito, tanto natural como espiritual. El verdadero éxito se basa en la humildad, ¡mientras que todo fracaso proviene del orgullo!

Antes del quebrantamiento se eleva el corazón del hombre, Y antes de la honra es el abatimiento. (Proverbios 18:12)

Existe una idea errónea doctrinal sobre la humildad, especialmente en lo que respecta al acto de humillarse. Para muchos, humillarse implica “tengo orgullo” o “soy orgulloso”. Si bien el orgullo exige humildad, la humildad y la necesidad de humillarse no provienen del orgullo; todo lo contrario. El orgullo, en realidad, surge de la falta de humildad.

La humildad existía antes que el orgullo, y este surgió cuando una criatura se enaltecía.

El Hijo de Dios, la Palabra viviente, jamás conoció el orgullo. Nunca fue orgulloso ni mostró un espíritu arrogante o altivo. El orgullo es pecado, y Jesús nunca pecó (Hebreos 4:15, 2 Corintios 5:21).

Altevez de ojos, y orgullo de corazón, Y pensamiento de impíos, son pecado. (Proverbs 21:4)

Cristo, el Hijo unigénito de Dios, no conoció el pecado; por lo tanto, no conoció el orgullo. Sin embargo, experimentó la humildad y el acto de humillarse a sí mismo.

*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, **se humilló a sí mismo**, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, (Filipenses 2:5-9)*

Jesús se humilló no porque fuera orgulloso, sino porque no lo era.

Su humillación no fue un acto de rebeldía contra un corazón orgulloso y un espíritu arrogante hacia su Padre. Fue un acto de obediencia a la voz y la voluntad de su Padre. Lo hizo voluntariamente porque no tenía orgullo. El orgullo habría nacido en su corazón si no se hubiera humillado ante la voz, la voluntad, el propósito y el plan de su Padre.

El orgullo es fruto de la desobediencia y el desafío a la voluntad y el propósito de Dios. El orgullo es fruto de una voluntad en guerra con Dios.

Si Lucifer hubiera permanecido en obediencia a Dios, en una posición humilde, el orgullo jamás habría surgido. Su postura inicial ante Dios era de humildad. La humildad no es simplemente un medio para lidiar con el orgullo; es más bien nuestra posición ante Dios la que lo previene.

La humildad existía antes que el orgullo, y el orgullo surgió porque se desafió la humildad. La humildad es nuestra posición ante el trono y la soberanía de Dios.

Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. (Isaías 14:13-14)

La palabra hebrea para humildad es an-vaw. Esta palabra abarca condescendencia, modestia y gentileza. An-vaw deriva de la raíz aw-nawv, que significa humillarse, afligirse, castigarse, tratar con dureza, ejercer, forzar, herir y someterse.

Las definiciones de humildad coinciden perfectamente con su significado último: sumisión. Por lo tanto, la palabra que elegiría para definir la verdadera humildad es «sumisión».

Jesús se humilló a sí mismo al someterse a la voluntad de su Padre. Se hizo obediente hasta la muerte; ¡se sometió! ¡Esto es humildad! Como ya se mencionó, la verdadera sumisión, la humildad, existía en los cielos mucho antes de que naciera el orgullo.

Para que exista la sumisión, debe haber algo o alguien a quien someterse; alguien en una posición o lugar superior; alguien con mayor autoridad. Él, la autoridad suprema, fue primero, antes de todas las cosas: Él es el Anciano de Días, el Dios Todopoderoso, el eterno e infinito que siempre ha existido. Todo lo que Él creó fue creado en sumisión a Él, o bajo Su autoridad. Dios no creó nada superior a Sí mismo; todo lo que creó fue hecho en sumisión a Él. En otras palabras, la sumisión existía antes que el orgullo. El orgullo fue el fruto de apartarse de la posición de sumisión.

Lucifer se apartó del lugar y la posición de sumisión, pues nunca antes había conocido el orgullo; en su corazón, decidió exaltar su trono por encima de las estrellas de Dios: la hueste angelical. Cabe destacar que fue una decisión del corazón; nunca llevó a cabo su plan. Nuevamente, la humildad es la disposición del corazón ante Dios.

Entonces, ¿qué es la humildad? ¿Qué significa «humillarse bajo la poderosa mano de Dios»? En pocas palabras, es regresar a la posición original en la que el ser humano fue creado: el lugar de sumisión. No es necesario ser la persona más orgullosa del mundo para practicar la sumisión. Humillarnos significa volver al principio: volver al Padre, volver al trono, volver a la sumisión.

¿Qué es la sumisión? La sumisión es la acción o el hecho de aceptar o ceder ante una fuerza superior o ante la voluntad o autoridad de otra persona.

Sin embargo, el orgullo nace de un corazón desafiante que se niega a inclinarse y someterse a la voluntad, autoridad, soberanía y propósito de Dios.

Debemos examinar detenidamente la naturaleza y el carácter de Dios si realmente nos esforzamos por imitarlo. ¿Se humilla Dios? Sí lo hace, puesto que no conoce el orgullo, ¿ante qué o ante quién se humilla?

Sí, Dios se humilla.

Para la mente carnal del hombre, resulta difícil comprender la humildad de Dios. Tendemos a percibirlo únicamente desde la perspectiva de un trono grandioso, una voz atronadora y un poder que sacude la tierra y que emana de su presencia.

Si bien todo esto es válido y cierto, no deja de ser solo un aspecto de Él. ¡Dios se humilla!

Excelso sobre todas las naciones es Jehová, Sobre los cielos su gloria. ¿Quién como Jehová nuestro Dios, Que se sienta en las alturas, Que se humilla a mirar en el cielo y en la tierra? Él levanta del polvo al pobre, Y al menesteroso alza del muladar, Para hacerlos sentar con los príncipes, Con los príncipes de su pueblo. (Salmo 113:4-8)

Dios habita en lo alto, y sin embargo...

- Se humilla para velar por su creación.
- Se humilla para sacar a los pobres de espíritu del polvo y a los necesitados del muladar.
- Se humilla para exaltar a los oprimidos, para colocarlos junto a los príncipes en puestos de liderazgo y gobierno.

Examinemos otra forma en que Dios se humilla.

*Me postraré hacia tu santo templo, Y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad; Porque has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas. El día que clamé, me respondiste; Me fortaleciste con vigor en mi alma.
(Salmo 138:2-3)*

Un nombre revela carácter, naturaleza y poder. El Nombre del Señor contiene todo lo que se puede saber de Él. Su nombre es la fuente de todo poder eterno. El nombre de Dios revela cada aspecto de su naturaleza, desde lo externo hasta lo más profundo. Su nombre revela su gloria. Cuando Moisés le pidió a Dios que le mostrara su gloria, el Señor le reveló su nombre (Éxodo 33:18, Éxodo 34:5-7).

Cuando Moisés tuvo el privilegio de contemplar la gloria del Nombre del Señor, su reacción fue inmediata. Se postró en señal de sumisión y adoró (Éxodo 34:8).

La Palabra es su propósito y voluntad eternos, inspirados y pronunciados por la boca de Dios. La Palabra de Dios contiene su plan para la creación y la humanidad. Su propósito divino está oculto en su Palabra. La voz de Dios proclamó sus leyes y principios. Dios somete, o humilla, su propio nombre ante la Palabra que salió de su propia boca. Dios somete su nombre todopoderoso y eterno a la ley y la palabra de su propósito eterno.

¿Cuántas veces hemos pronunciado palabras, por ejemplo, promesas, pero debido a las circunstancias o a cambios inesperados, hemos decidido no cumplirlas? Por lo tanto, hemos antepuesto nuestra propia naturaleza o deseo a lo que habíamos dicho. Dios hace exactamente lo contrario. Humilla su naturaleza, su carácter y su nombre bajo su Palabra.

La naturaleza y el carácter de Dios exigían justicia por la idolatría de Israel. Pero Dios había pronunciado su palabra; por lo tanto, sometió su nombre a ella. ¡Dios es humilde!

Sin orgullo, la sumisión no es problema. Pero un corazón orgulloso no se doblega. Como pueblo de Dios, debemos reorientar nuestros corazones ante el Señor, sometiéndonos a sus mandamientos, propósito, voluntad y plan. Esto es humildad.